

Murcia

Josefa Valverde Borja, 78 años

Jesús Adolfo Guillamón, 29 años

HILANDO SU VIDA

Las imágenes depositadas en la memoria con que cada cual cose la secuencia de su vida, tienen sentidos y significados tan diversos... Nosotros, los que hemos nacido en este mundo a salvo, en este mundo de seguridad, no podemos imaginar que las cosas no siempre fueron así. Espinardo no siempre significó Universidad, y una calle mayor capaz de exasperar al conductor más tranquilo.

Apoyado en la barandilla de la terraza de mi facultad, miro unos cientos de metros más allá de donde ahora estudiamos, para imaginar como una fila de hombres maniatados, baja de una camioneta cualquiera. Acusados por sus vecinos de tener tal o cual idea política, los mismos con quienes jugaban al dominó o a los bolos. Sin ser escuchados. Olvidando que Juan, Eulogio, Fulgencio, Ginés, nunca tuvieron nada en contra los unos de los otros, que cada uno había construido su casica apoyando los muros propios en los vecinos. Condenados desde el momento en que oyeron un “sube con los otros”, allí, de espaldas al muro encalado del recinto que debió acogerles mucho más tarde, captaban por última vez sus oídos un sonido, seco y polvoriento, que jamás recordarían. Allí, en el mismo lugar que puedo divisar, caía al suelo sin defender más que su derecho a vivir y pensando en quién sacaría su familia adelante, el tío de Josefa.

Época triste, en que las madres vivían esperando tener a todos los suyos en casa, y desesperando cuando no veían a su marido, su hijo, entre el grupo de hombres que subía por la calle. Que se echaban las manos sobre la cara cuando alguno de ellos se separaba del conjunto quitándose la gorra, reclinando la cabeza conforme se aproximaba a la puerta, para pronunciar una fúnebre frase de “lo siento María, se lo han llevado”.

Nacida en 1930 donde vive, Cabezo de Torres, Josefa tenía nueve años cuando terminó la guerra. Edad suficiente para poder recordar los sucesos que me cuenta, según vienen a su cabeza bien amueblada; siendo el primero que deja en la caja de los míos, el de su Primera Comunión, a la que su padre no pudo acudir al estar preso por haber querido el azar que luchara, por la zona de Los Alcázares, en el bando perdedor. Era esto algo circunstancial. La familia de Josefa, como tantas, fue acusada y marcada por unos de franquista, y por otros de “roja”, y sin certeza de lo uno o lo otro, el resultado fue que, vestida de blanco como merecía la ocasión y como cualquier niña ilusionaba, visitó mi interlocutora a su padre aquel día. Padre, que, al menos por un día durante su cautiverio, fue más preso del orgullo que de sus captores.

Yendo a la escuela por la mañana y cosiendo con su madre por las tardes, fueron tachándose los años en el calendario, dejando paso la zagala a la moza que se hacía protagonista de su propia historia.

Eran los tiempos del rento, el trueque y la ‘peoná cambiá’, reflejo de la sociedad que se estabiliza, que vuelve a naturalizar las relaciones que había roto. Hora de olvidar que tus vecinos fueron tus verdugos.

Gracias a su abuela, Josefa no pasó hambre, ya que quien tenía algo de tierra, como era el caso, siempre podía plantar un poco de esto por allí, un poco de esto por allá, criar algunos conejos y dar panizo a unas gallinas, sacándole a la agradecida tierra lo que bien se pudiera en cada estación. Y fue también gracias a la abuela, que en los repetidos paseos para llevar leche de la casa de esta a la de sus padres, fue cruzando miradas con un buen hombre, Patricio.

Josefa, mujer coqueta y elegante, paseaba calle arriba y calle abajo del Cabezo, refugiándose de miradas represoras siempre alerta, en el cine Sabater y de vaquillas sueltas por el pueblo en los días de fiesta, subida sobre alguna carreta de vino.

Se daban cita en este tipo de eventos, como el entonces ya celebrado y célebre Carnaval, las más curio-

tas coincidencias que muestran lo que al pueblo se le impone y lo que la vida dispone por carta de naturaleza. Cuenta Josefa que aquella Guardia Civil, más temida que el hambre y que reprendía casi cualquier tipo de festejo donde no hubiera cura y misa de por medio, tenía que hacer la vista a un lado durante esos días, ya que entre la algarabía de personajes de diversa guisa, se encontraban las mujeres de algunos guardias.

En todo esto, siguió Patricio arrimando el ascua a su sardina demostrando tal honestidad, que le mereció ser encargado de la guarda de las botellas durante la boda de la hermana de Josefa. Y si bien, por el carácter luchador y fuerte de Josefa, no pueda asegurarse bien quién llevó a quién al altar, cierto es que se entabló ya formalmente la relación con Patricio. Empezó, así, un proyecto conjunto lleno de trabajo y esfuerzo, codo con codo, para sacar adelante los sueños comunes.

Siendo Josefa persona de gran capacidad de sacrificio, que siempre da un poco más y que prefiere hacer las cosas lentas, pero bien, consiguió, junto a Patricio, preparar todo lo que consideraba necesario para la vida de casada. Especialmente, dejó muy claro que si no había casa no había boda, porque “el casado, casa quiere”. Y una vez satisfecho este punto y todas las componendas habituales a este evento, casó el 21 de mayo de 1961 en la iglesia de la Virgen de las Lágrimas de su pueblo, en misa cantada. Fruto del cual llegaron cuatro hijos y, hasta hoy, diez nietos.

Hoy, una vez recogidos los dulces higos, que tanto le gustan, de tan trabajosa vida, se dedica a disfrutar y participar en todo lo que se ofrece: Reina de los Mayores del Cabezo, canta en el coro, directiva del centro de mayores, socia de la Peña Huertana el Cántaro... Y participa en este concurso, porque ahora... ahora quiere navegar.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Dice Josefa que llevamos una vida muy ‘arrebatá’, llena de estrés. Y tiene mucha razón. Pero, con su permiso, el mejor legado que Josefa nos puede dejar es su actitud ante la vida. Ávidos de conocimiento y actividad nos perdemos lo fundamental: vivir, luchar, disfrutar.

Cada vez que recuerdo a Josefa, siempre la asocio con la imagen del Homenaje a los Caídos en Varsovia, durante la II Guerra Mundial. Instalado en el patio del Museo de la Resistencia de dicha ciudad, consta de un muro cubierto con placas de granito en las que aparecen escritos todos los nombres de quienes murieron luchando en un ejército de hermanos que poco pudo hacer frente al alemán, mucho más preparado. Hasta ahí, todo muy emotivo, pero dentro de la normalidad. Pero llegué al final del muro y quedé sorprendido cuando vi que éste estaba separado del que cerraba el recinto, por un estrecho trozo de tierra cubierto de piedras, en el que me adentré y que producía, con las pisadas, cierto sonido de combatiente que avanza sobre sus pasos mientras pueda. Como aquel que aparece al principio de la canción del portugués José Afonso para recordar el triunfo de la Revolución de los Claveles. Pues bien, a este lado del muro todo eran fotografías en color, instantáneas de momentos alegres durante una guerra: un soldado con un gato entre sus brazos; el casamiento de una joven pareja; un grupo de amigos orgullosos de haber robado una moto nazi;... porque la vida siempre se abre paso. Ante su dureza, no queda otra que vivir y Josefa lo sabe muy bien. Tanto es así, que en nuestras conversaciones sobre su trabajo, sufrimiento, lucha, siempre había lugar para la anécdota, y acto seguido su inteligente y placentera sonrisa. Gracias Josefa.